



Pregón Oficial de la SEMANA SANTA de la Ciudad de Granada 2019





Fotografía Portada:

Autor: José Luis Fajardo Guerrero

Edita:

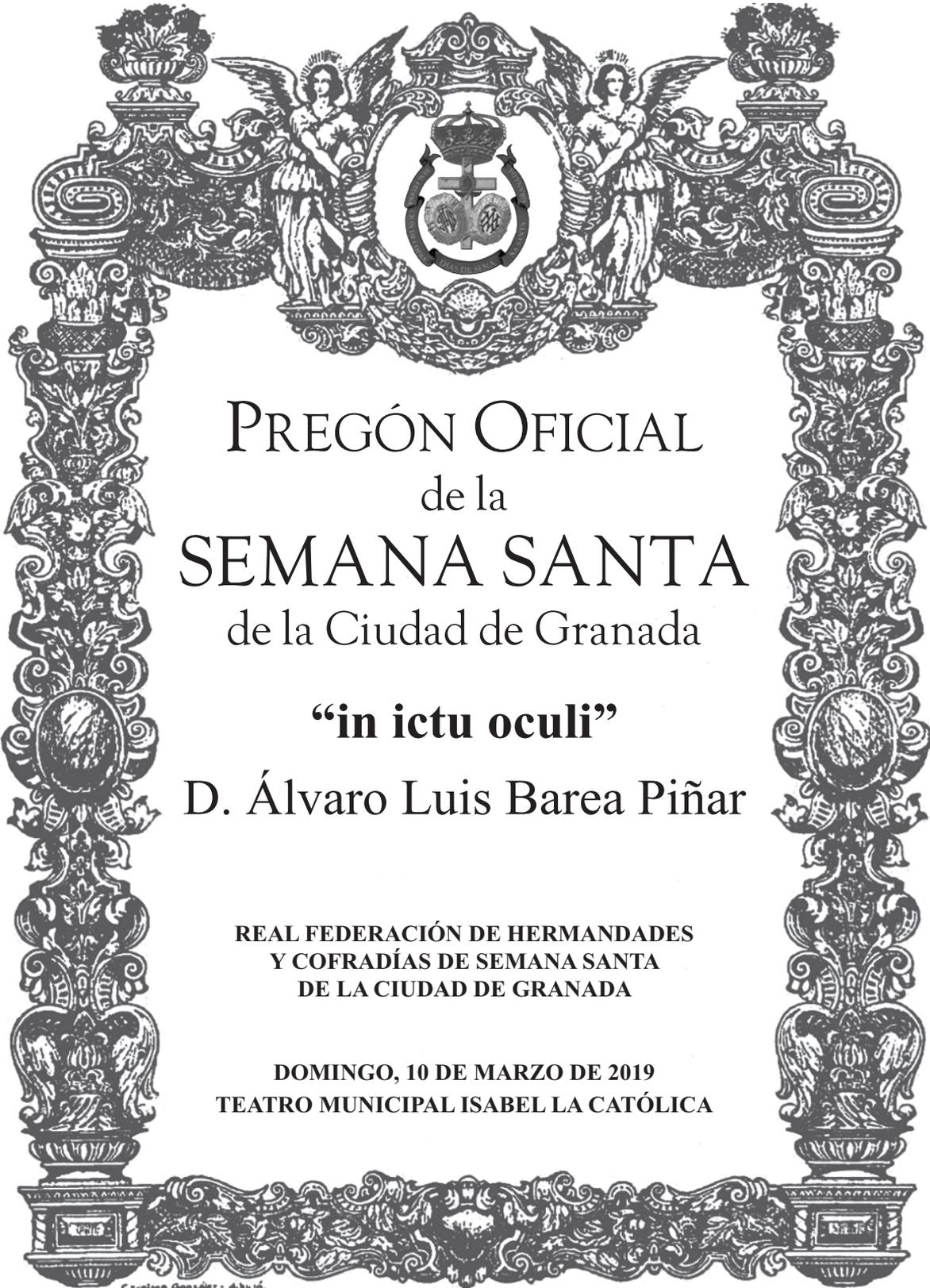
**REAL FEDERACIÓN DE HERMANDADES Y
COFRADÍAS DE SEMANA SANTA DE LA CIUDAD GRANADA**

Depósito Legal:

GR 170-2019

Imprime:

Impresiones Nazarí



PREGÓN OFICIAL
de la
SEMANA SANTA
de la Ciudad de Granada

“in ictu oculi”

D. Álvaro Luis Barea Piñar

REAL FEDERACIÓN DE HERMANDADES
Y COFRADÍAS DE SEMANA SANTA
DE LA CIUDAD DE GRANADA

DOMINGO, 10 DE MARZO DE 2019
TEATRO MUNICIPAL ISABEL LA CATÓLICA

*A mis abuelos y a mis padres,
que me enseñaron a ser cristiano y cofrade.
A mi hija Candela: mi razón de ser y estar en el mundo.*

ÍNDICE

- 1 Saluciones y agradecimientos
- 2 Granada en los sentidos
- 3 La espera
- 4 Imágenes de madera
- 5 La cajita
- 6 Anecdótico. Los costaleros
- 7 El ciego
- 8 La cruz del día a día
- 9 El Silencio
- 10 Los barrios
- 11 El otoño y la muerte
- 12 La Virgen es “granaína”
- 13 La Esperanza
- 14 Epílogo



Salutaciones y agradecimientos

Con la venia...

- Excelentísimo y Reverendísimo Señor Arzobispo
- Excelentísimo Señor Alcalde
- Excelentísima Señora Subdelegada del Gobierno
- Excelentísimo Señor Presidente de la Diputación Provincial
- Excelentísimo Señor Teniente General del MADOC
- Señor Presidente y Junta de Gobierno de la Real Federación de HH. y CC.
- Señoras y Señores Hermanos Mayores
- Miembros de las Juntas de Gobierno de nuestras Cofradías

Señoras y señores, queridos y apreciados cofrades de la ciudad de Granada.

A todos quienes tuvieron en su mano apostar por mí o decidir que yo hoy tuviera el alto honor de pregonar la Semana Santa de Granada; a todos aquellos que en años anteriores lo propusieron, y a todos aquellos que durante todo este tiempo me han demostrado tanta adhesión y alegría, tanto respeto y cariño: muchísimas gracias.

La Semana Santa tiene un alto componente de belleza, y hoy el Teatro Municipal se presenta especialmente hermoso gracias a la contribución plástica de mis cuatro Hermandades, a ellas quiero dar las gracias por la cesión imágenes y atributos que las representan, personificadas en los cuatro priostes que ha tenido el Pregón: Miguel González por parte del Silencio, Víctor Hidalgo por parte de la Santa Cena, Santiago Delgado por parte de la Esperanza y Antonio Boraita por parte de San Agustín. Mil gracias por vuestra disposición, por vuestro cariño y por vuestro buen gusto.

A ti, mi querido Antonio Cambil -presentador de este pregonero-, qué mejor cosa puedo decirte que haces grande, tangible y cotidiana la palabra “amigo”. Gracias por tanto. Gracias por todo.



Granada en los sentidos

Dueles de hermosa, Granada...

Te llevamos tatuada en la piel, prendida en el acento y abrazada en la nostalgia. Saturas los sentidos de tus orgullosos hijos y de cualquier visitante que venga a quedarse prendado de ti. En cada amanecer invernal, cuando el blanquecino sol se bate en duelo sobre la Sierra con la humedad de los valles y va consiguiendo levantar la niebla con la misma dulzura con la que el Señor levantó a Lázaro, dueles de hermosa, Granada.

Cuando la jornada laboral agota sus horas y retornamos a casa convirtiendo las carreteras secundarias en regueros de nerviosas luciérnagas que te conectan con los pueblos del área metropolitana, miles de hijos tuyos ensimisman la mirada en los adarves anaranjados de la Alhambra pensando, silenciosamente, que dueles de hermosa, Granada.

Paseando cogidos de la mano por las bulliciosas callejuelas de la Alcaicería, o abandonados a la charla veraniega mientras nos acaricia el relente del Darro soterrándose en Plaza Nueva, dueles de hermosa, Granada.

Cuando nos asomamos meditabundos al coqueto balcón de la placeta de Carvajales, o a los miradores de la Churra, de San Cristóbal, San Miguel Alto o San Nicolás, para enumerar de memoria campanarios albaicineros que aún siguen llamando a la oración como antaño cuando fueron minaretes, dueles de hermosa, Granada.

Caminando junto al pie de la Torre de la Catedral donde el aire te levanta el vestido; bajo la atenta mirada del inigualable Hotel Palace que ilumina las oscuras noches de plegarias del Campo del Príncipe; en la decadente quietud del inanimado quiosco de música del Paseo del Salón; amparados por el viejo romanticismo poético del barrio de la Duquesa; buscando la silueta estilizada del Veleta entre las bulliciosas avenidas del Zaidín, o recorriendo junto a los niños el soleado bulevar de la Constitución entre estatuas de bronce, dueles de hermosa, Granada.

Sabes a castaña y boniato, a dátiles y acerolas, a chumbos y aguacate. Hueles a clavel, a pólvora y mastranzo, a tabaco de secadero y a nardos. Suenas a pasodoble y a flamenco del Sacromonte, a reja y a saeta, a trino y a campanas. Tienes el tacto de los arabescos y los azulejos, del arrayan y los atauriques. Y a la vista... desde el salitre de la playa a la nieve de tu Sierra, desde la Alpu-

jarra hasta la Vega, te miremos por donde te miremos: a la vista sí que dueles de hermosa, Granada.

Permaneces atrapada en la memoria como quienes ya perdimos, como quienes nos amaron... ¿Cómo no iba a llorar Boabdil pensando que ya nunca más te volvería a ver? ¿Cómo no iba a desear la mayor reina que jamás dio la historia descansar en ti para siempre? Sigues manando fresca de los aljibes árabes surtidos por la antigua acequia de Aynadamar, con el mismo sabor a libertad con que te degustó Federico. Ay Lorca... siempre tu Lorca, Granada.

Perfúmate de fiesta las muñecas y abrígate el cuello de los relentes de la madrugada. Prepara tu vestido de cielo azul y verde mirto para presentarte zalamera, elegante y coqueta como sólo tú sabes estar. Resucítate de la ceniza y predispón el ánimo para un nuevo y radiante Domingo de Ramos.

Si no existieras, Granada, la luz sería opaca. Si no existieras, Granada, el agua sería muda. Si no existieras, Granada, la poesía estaría huérfana. Si no existieras, Granada, los besos serían amargos. Si no existieras, Granada, habría que fundarte...

De mis amores eres la primera,
si en tu seno no hubiera yo nacido
también el corazón habría elegido
tu nombre para ser mi compañera.

Agradezco de forma muy sincera
la fortuna de haber sido elegido,
no soñaba sentirme tan querido
pregonando tu pasión cofradiera.

Jamás podría haberme cuestionado
alejarme y sentirte distanciada.
Tu Alhambra me mantiene aquí atrapado.

Te llevo reflejada en la mirada,
soy un preso de ti enamorado:
mi tierra, mi ciudad y mi **Granada**.

La espera

La noche del Sábado de Pasión, los cofrades nos acostamos con los mismos nervios de aquellas noches de reyes antiguas en las que la televisión sólo tenía dos canales en blanco y negro. Eran madrugadas en las que intuíamos sombras con corona por el pasillo de casa, para amanecer muy temprano con la ilusión brillando en las pupilas buscando los papeles de regalo. La hermosa noche de vísperas aún te miramos, Señor, como ese **Niño Jesús de Pasión** que pasea la chiquillería cofrade por el entorno de Santa Ana, cuando vas pregonando con tanta dulzura lo que sucederá poco después.

Cómo podría yo explicarte, Granada mía, cuánto te quieren y te esperan los cofrades...

Cada Domingo de Ramos volvemos a resucitar aquellos niños que fuimos, tan rebeldes como inocentes, que esperaban con ansiedad la hora de extrema belleza en la que se abre la puerta del primer templo. Y desde ese momento, las palmas blancas, las túnicas azules y la marejada de color nos cautivan las retinas, y nos van llevando y trayendo en un incesante oleaje de sensaciones que nos irán pintando el alma de fiesta. Asistimos a la narración de un drama, sí, pero en Andalucía lo vestimos de fiesta.

El cofrade te espera, Granada, agazapado bajo el cobertizo de la calle Gloria frente a San Pedro, para ver pasar la elegancia isabelina bajo palio de la Virgen de los **Reyes**, cuando abandona el bajo Albaicín para llevar a Granada su recogido dolor. Te espera en la angostura serpenteante de Varela para ver llegar el dorado resplandor del inigualable palio del **Rosario** iluminando las fachadas, haciendo tangible la letanía que nombra a María como "*casa de oro*". Te espera bajo los balcones de Santiago para descargar con todo el sentimiento del Realejo una borrasca de pétalos sobre la dulce tristeza de la **Amargura**. Te espera junto a las farolas de forja de la Carrera de la Virgen anhelando ver como esquiva los árboles esa cruz del **Cristo de la Lanzada** en cuyo costado están apesadas todas las almas de quienes amábamos y este año nos dejaron.

El cofrade te espera, Granada, en la anchura de la avenida de Dilar desangrada de túnicas burdeos acompañando a su Virgen de la **Luz**. Ella es la **Luz** que los guía desde la hondura del Zaidín para que no abandonen jamás ese largo sendero que han de recorrer los que dan testimonio de su fe en este mundo de descreimientos. Te sigue esperando en la aparentemente imposible doble estrechura de los Grifos de San José, cuando el originalísimo misterio de Jesús del **Perdón** va ejemplarizando con su mansedumbre a nuestro pueblo, caminando poco a poco al son de las palilleras sin llegar nunca a rozar la cal de aquellas antiguas paredes.

Te espera en la improvisada tribuna sin acreditaciones que es la placeta de San Matías para escuchar el armonioso clasicismo de la Agrupación decana de la ciudad tocándole “¡Oh Bendita Estrella!” al dulcísimo Señor de la **Paciencia**. Te espera en la angostura de Concepción de Zafra para ver obrar el milagro al coqueto palio de la **Concha**. Su regreso debería ser encuadrado como un libro de poesía. Te espera también el cofrade, Granada, en la Plaza del Humilladero, cuando la brisa susurra con maldad entre la candelería quemada por amor de la Virgen de la **Salud**: ese palio ancho que camina con la misma valentía que tienen los que saben que ya no hay nada que perder. Ese palio cuyos respiraderos van acariciados por continuas peticiones de **Salud** desde que abandona los dominios de Don Bosco... siempre te espera el cofrade, Granada.

Te esperamos todo el año en nuestras tertulias de barra después del sinfín de actos cofrades que nos copan el calendario, porque las Cofradías no consisten solamente en ponerse el capirote un día al año. En esas infinitas charlas de bar, apareces para estirar las horas de conversación entre amigos al calor de lo que nos une en “*la Chicotá*”, en “*el Sota*”, en “*la Cofradiera*” o en nuestro querido “*Bar León*” de la calle Pan, donde, con proverbial ingenio, provocamos a Joaquín pidiéndole que no le ponga patatas al San Jacobo, ensalada al flamenco o que el trifásico no lleve queso. Y Joaquín, que lleva más madrugás en lo alto que el tambor del **Silencio**, nos mira por encima de las gafas diciendo: “*¿es que no tenéis casa?*”.

El cofrade, con la sabiduría que le otorga el tiempo, sabe esperar de una forma que muy pocos podrían llegar a comprender, y dos buenos ejemplos de lo que te queremos y te esperamos, Granada, son las Hermandades de la **Lanzada** y de **Jesús Despojado**.

Después de cuarenta años, de muchas vicisitudes e incertidumbres, de idas, venidas y exilios, y después de mucha paciencia, esfuerzo y cariño, por fin podemos felicitaros todos los cofrades de Granada diciéndoos a los hermanos de la **Lanzada** que nos sentimos tremendamente contentos de veros protagonistas este año del Cartel Oficial, y que tenéis un coraje, un orgullo, una casta, una constancia y una dignidad ¡tan grandes como vuestra puerta!

Pero la mayor espera, fue la de María. María fue, es y será siempre todo un ejemplo de abnegación en su infinita espera, siempre al pie de la cruz sin querer dejar solo a Jesús. Con cuanta tristeza se quedaba -año tras año- la Santísima Virgen en su parroquia de San Emilio viendo marchar a su Hijo para que cada Domingo de Ramos lo **Despojaran** de sus vestiduras. Ningún padre y ninguna madre están preparados para ver marchar al fruto de sus entrañas: debe ser el dolor más intenso que un ser humano podrá experimentar jamás. Por eso, por tanto tiempo esperando y por tanta despedida injusta, ya era hora de hacerte justicia, Madre nuestra.

No aspirabas el romero
que el paso aromatizaba,
ni escuchabas al romano
que al Cirineo increpaba.
No observabas la tristeza
de esa María de Magdala
que acompañaba a tu Hijo
profusamente enjoyada.

No contemplabas la cera
de sacramental tintada
iluminando su rostro
de inspiración cartujana.
Llorabas silentemente
viendo cómo se marchaba,
cómo lo llevaban preso
de una injusticia mundana.

Sola quedabas en casa,
solita y desconsolada.
Todos se iban con Cristo,
sólo San Juan se quedaba.
Se lo llevaban sus hijos
Despojado de falacias,
con espartos en los cintos
ciñendo túnicas blancas.

Escuchabas las cornetas,
sentías cómo lloraban
acuchillando el silencio
de tu soledad forzada
como un relente serrano
en noches de luna clara,
como si fueran vencejos
trinando al romper el alba.

Veinte años de cadenas.
Veinte años que ya acaban.
Veinte años de clausura
sin poder verte esa cara
inundada por el llanto,
por las flores trasminada,
abanicada por brisas
de bambalina bordada.

Crestería en tus varaes.
Diseños de filigrana.
Bíblico paso de palio
de barroquísima planta.
Virgen llena de hermosura
por tu Figares mimada,
de cordobesas hechuras,
de clasiquísima estampa.

Se rompieron los relojes.
La eternidad no se alarga.
El amor venció a las horas:
el infinito se alcanza.
María del **Dulce Nombre**,
tu larga espera ya acaba,
se terminó tu condena:
¡Ahora te espera Granada!

Imágenes de madera

Los cofrades -en el fondo- somos como niños, pero con el paso del tiempo la madurez provoca que también vayamos albergando dudas. ¿Por qué te rezamos -oh Cristo- en madera? ¿Por qué tu agónico semblante es de un material perecedero que nos vemos obligados a restaurar cada cierto tiempo? ¿Por qué las imágenes de nuestras Cofradías son de madera?

La Iglesia es como un árbol: tiene como tronco la fe, ciega y robusta certeza basada en la existencia de Dios, y adquiere vida en comunidades de diversa índole que, a modo de ramas nutridas por la savia del amor, crecen y se llenan de hojas de fe nueva. No era, pues, de extrañar, que artísticamente tuviera que ser de leño la materia prima de nuestras imágenes: tronco del que todo se origina, del que brota la ramificada fe de un pueblo que le reza embelesado cuando, temeroso del destino, suda sangre arrodillado en su **Oración en el Huerto**; cuando atraviesa el compás de San Jerónimo **Descendido** de su cruz entre los lamentos de las Chías, o cuando hinca su rodilla en el Zaidín cada Lunes Santo. El Señor del **Trabajo** es ese leño bendito que, siendo reo de muerte, va enseñando la dificultad y la injusticia de la vida.

Leño tenía que ser el origen de toda esta locura nuestra, para que aquella naturaleza viva que puebla la faz de la tierra sea capaz de transformarse en la impresionante naturaleza muerta que reina sobre rosas, hiedra, cardos y calas negras por San Antón: el **Santo Crucifijo de San Agustín**.

Madera tenía que ser para que, quienes lo llevan, costaleros de las calles más imposibles, se sientan “*astillas vivas de Dios*”. Nuestros Cristos tenían que ser de madera, para que las heridas del tiempo permanezcan marcadas a fuego en el rostro, oscureciendo su semblante dentro del **Sepulcro** de carey y plata, o produciendo la **Amargura** de su escorzo bajo el peso de ese madero revestido de taracea que recorre en Vía Crucis San Juan de los Reyes cada Martes Santo. De madera tenían que ser, porque en la madera se quedan plasmados los besos de los hijos que adoran el drama de su **Buena Muerte** en la Avenida de la Constitución, o en la calle Elvira donde, con los pies bamboleantes, bendice con suma dulzura a los niños hebreos sentado en su **Borriquilla**, o por la calle Arandas, donde el Señor **Cautivo**, aún solitario en su paso, recorre el viejo barrio del Boquerón bajo el sutil cimbreo de un olivo. No hay peor cautiverio que el de la soledad forzosa.

Aquel remoto, distante y estilizado Cristo pintado en los antiguos iconos bizantinos, o representado en piedra en las viejas catedrales románicas, en Andalucía, tenía que ser de madera para que José de Mora modelara su Cristo crucificado en 1688, con tal emoción, que la suya parezca realmente una marfilina carne trémula carente de vida; y para que Risueño le asiera unos clavos en las palmas de las manos al Señor del **Consuelo**, cuya gitana madera vibra y se enrojece, año tras año, caminando entre unas hogueras que convierten al Miércoles Santo en otro nuevo milagro del Mar Muerto: la vida se abre paso entre la muerte, que siempre aguarda al acecho.

En Granada, el rezo al Hijo de Dios es tan poderoso que se obra el milagro de que la piedra se transforme también en madera, por eso el cofrade no realiza distinción alguna para solicitarle **Favores** a quien pende de la cruz. Ambos crucificados, teniendo similar advocación, son el mismo Padre bondadoso que escucha las plegarias de los granadinos: es uno más de los milagros de nuestra fe.

Un nuevo milagro se obró
surgido de las pasiones.
Tornó en madera la piedra
merced a las oraciones.

Las ofensas se olvidaron
y brotaron los perdones
para que Cristo se erija
redentor de pecadores.

Cuando llega el Viernes Santo
su sangre se cuaja en flores
y el Realejo es un bendito
epicentro de fervores.

Allí acude mi Granada
a contarle sus dolores
y la piedra no retiene
sus clavos libertadores.

Sobre miles de cabezas
que le confían sus amores
yo he visto ir caminando
al Señor de los **Favores**.

Necesitamos tanto verte, Señor... Necesitamos tanto tu cercanía, que tenías que ser de madera porque en sus nudos -como en nuestras cicatrices- queda reflejado el tiempo que cada cual va viviendo: los percances, las miserias, los errores y las esperanzas.

Hay quienes nos acusan con facilidad a los cofrades de “*idólatras*” porque, según dicen, rezándole a la madera adoramos “*becerros de oro*” como el del Antiguo Testamento. Contaba Antonio Machado que “*todo lo que se ignora, se desprecia*”. No, señores, no. No hay nada de malo en querer ponerle un rostro al Hijo de Dios para familiarizarnos con quien habita en el Sagrario, y nuestras imágenes no son asépticas estatuas museísticas: son imágenes devocionales ideadas para la cercanía del creyente y para rendirle culto a Jesús y a su Bendita Madre a través de esos rostros. No hay, por tanto, nada de malo en querer besar los pies desnudos a un Cristo, como quien besa diariamente a quien le dio la vida. Ponerle rostro a la fe ayuda a acercarla a lo cotidiano, a familiarizársela a los niños, a fortalecerla en quienes están lejos y a convertirla en algo más tangible.

Por eso, desde este atril que hoy ocupo yo siendo la voz de miles de granadinos, y con toda la fuerza que me trasmite la fe de mi Iglesia heredada de nuestros mayores, pido respeto para nuestra forma de creer, sentir y buscar a Dios en lo cotidiano a través de la madera. Más allá de ideologías políticas o existenciales, pido respeto para nuestra Semana Santa proclamando a los cuatro vientos que nuestra forma de vivir la fe a través de las Hermandades no daña a nadie, y que no somos idólatras, no, porque absolutamente todos pertenecemos a la Cofradía que más hermanos tiene en el mundo: la Iglesia Católica. Las Hermandades y Cofradías, además de sus hermosas imágenes tienen también un amplio trasfondo de ayuda social, y están llenas de voluntariado y de generosas y necesarias obras asistenciales que tan sólo hay que querer conocer para dejar de ignorar.

Al entrar en un templo y ver la lámpara sacramental prendida junto al Sagrario, yo primero me dirijo hacia él para orar ante el Señor, y después me acerco también a la capilla para rezarle a mi Cristo de madera, sí: a esa bendita madera

en la que, desde pequeños, reconocemos a Jesús. Le rezo a quien simboliza esa madera tal y como le rezaban mis abuelos y mis padres, y como lo hacen mi hermana, mis sobrinos y mi hija.

Cristo se hizo protagonista de la historia del arte para que reposara en el regazo de su **Madre de las Angustias**, la que habita en la Carrera y para que abrazara al Zaidín entero siendo el incansable **Redentor** de sus almas. El Hijo de Dios quiso hacerse de madera para embelesar las miradas viendo su postrera **Meditación** sentado en una peña antes de su martirio final y para que, desde pequeños, los niños granadinos tuvieran en sus cunas del Maternal la estampa de su grandísima **Humildad** con el cetro de caña en las manos.

Tenías que ser de madera, Padre, para que podamos acariciarte estremeciendo las almas, y para que seas contado como uno más de la familia en la apretura de marquitos de plata que decoran el aparador del salón, porque así te rezamos los cofrades, Dios de todo consuelo, Padre de los afligidos, Rey nuestro de la madera. ¡De madera tenías, que ser!, ¡de madera!

La cajita

El tiempo, es a veces un enemigo y a veces un aliado. Si nuestra infancia cofrade transcurre en un cúmulo de sensaciones, nuestra adolescencia será la que vaya dejando el poso formativo, sentimental y espiritual de lo que posteriormente llegaremos a ser, por eso es tan importante que apoyemos a los Grupos Jóvenes de las Hermandades, y los ayudemos a crecer tomando responsabilidades.

Seguramente, tú como yo, tienes una cajita en casa cargada de recuerdos cofrades. La mía es una caja metálica de dulces de navidad. En ella conservo media vida de glorias y de penitencias. En ella descansan, todas juntas, mis papeletas de sitio desde que era un niño rubio con el pelo rizado y estos mismos ojitos color chocolate. Cuánta cera se ha derramado desde entonces...

En esa mágica cajita se comprimen el tiempo y el espacio. Ahí hay muchas noches de agujetas y dolor de cuello tras los ensayos costaleros de cuaresma, muchos traslados del **Silencio** a pleno sol, muchas horas jugando bajo el clasi-siquísimo palio de las **Maravillas** mientras los mayores terminaban de arreglar el paso y Ana traía de su floristería de Bib-Rambla los claveles frescos para el calvario del Cristo de la **Misericordia**. Ahí están apretadas muchas noches mudas, caminando vestido de monaguillo de la mano de mi padre hacia San Pedro, cuando morían las madrugás subiendo por la Calderería hasta San José.

Ahí están conservados muchos Domingos de Ramos mandando izquierdos bajo el misterio de la **Cena**, soñando chicotás imposibles bajo mi Señor del amor fraterno. Ahí están almacenadas muchas entradas de rodillas en Santa Ana después de haber repartido **Esperanza** a quienes más lejos la tienen y más cerca la necesitan. Ahí están musitadas mis noches de racheo de alpargata de Lunes Santo junto al **Sagrado Protector**. Y ahí, en esa cajita, están también mis sevillanos años de Miércoles Santo en San Bernardo, cruzando ya de regreso aquel puente sin río en el que todo un barrio espera a oscuras el **Refugio** certero en el llanto de su Virgen para que se difuminen el exilio y las penurias. Cuando mi Cristo de la **Salud** cruza aquel puente bajo la emocionante “*petalá*” del cuerpo de bomberos, se detienen las horas, el dolor y la añoranza.

Vivimos presos de nuestra memoria, por eso nos resultan tan terribles algunas enfermedades como la demencia senil o el Alzheimer. Tú, como yo, tienes esa cajita llena de emociones, de vivencias, de risas y de lágrimas, de memoria y de nostalgia de lo que ya nunca más volverá a ser. Quizá tengas en ella una vieja estampa gastada por los besos, un trozo de pabilo a medio consumir, una rosa disecada de la salida extraordinaria de un Cristo que te dio su capataz, un alfiler del tocado de la virgen regalado por su vestidor y un puñado de ojálás... Ahí, en esa cajita, se mantienen resucitados del olvido momentos, personas, sensaciones e incluso casualidades que nos hicieron ser como somos.

En mi cajita está guardado el recuerdo de aquella habitación que Miguel López Escribano tenía en su casa, llena de dibujos de lo que hoy en día son simpecados, bambalinas y estandartes de nuestras Hermandades. En mi cajita se conserva la memoria de aquel pequeño cuartillo que Diego Zambrano tenía en la entreplanta de su farmacia, donde se repartían las tarjetas de sitio del **Silencio** en los años 80, impregnadas por el olor de la tinta de una antigua máquina Remington.

En mi cajita está una lejana y emotiva Cena Pascual que compartí con mi padre junto a aquella extraordinaria generación de los Martín, los Civantos, los Hurtado, los Olivares o los Ramírez Domenech, en la antigua Casa de Hermandad de la **Alhambra** cuando él fue Pregonero y, posteriormente, realizó la Exaltación de María Santísima. Quién nos iba a decir a nosotros que hoy estaríamos aquí con los términos invertidos: tú sentado escuchando, y yo pregonando nuestra amada Semana Santa. Veinticinco años hacen ya de tu recordado pregón, papá...

En mi cajita están mis cansados pensamientos buscando la Alcazaba Cadima de la Alhambra sobre las tapias del Carril de las Tomasas cuando el Viernes Santo despertaba entre los trinos de los gorriones del Mirador de San Nicolás: no había penitencia más hermosa en el mundo que la de llegar allí con la “*muerte viva*”. En mi cajita están las interminables tertulias arreglando la Semana Santa con mis jóvenes compañeros de “*Tres Potencias*”, y muchas no-

ches en vela maquetando el boletín “*Divina Misericordia*”, escribiendo para “*Cenáculo*” o para aquel “*Convento del Monaguillo*” en el que se transparentaba mi alma.

En mi cajita sigue inmortal aquel gesto que hacía mi abuelo Joaquín sobre la foto del Cristo de la **Misericordia** que tenía colgada en el pasillo de su casa: vez que pasaba, vez que la tocaba para besarse el dedo. En mi cajita hay tantas y tantas cosas hermosas que me han hecho ser como soy, que sin ellas no entendería la vida.

Por eso es tan importante la memoria: porque todos, en nuestra cajita, conservamos de alguna u otra manera aquel niño que fuimos, aquel adolescente que se metió por primera vez bajo los pasos, aquel que fue a ensayar el primer día con la banda en la que tanto trabajo le costó entrar, aquel que se puso por primera vez el capirote o aquella que esperó pacientemente a que su madre le pusiera la peina en la primera ocasión que acompañó a su Virgen de mantilla. Cuántos rostros, cuántas voces, cuántos nichos llorados, cuánta vida hay prensada en esos pequeños recuerdos que conservamos, como oro en paño, en nuestra cajita cofrade.

De todos ellos, hoy quiero rescatar especialmente una triste visión que tuve rozando la adolescencia y que hizo que, cuando un amigo me solicitara ayuda, no dudara en ofrecérsela. Parece que aún estoy viendo el antiguo paso de la **Cena** en un lateral de plaza de Bib-Rambla, con todo el bellissimo apostolado en un costero y la ballesta de las ruedas rota. Allí hubo de quedarse al partirse el mecanismo, esperando a que la cuadrilla de la **Virgen de la Victoria** recogiera el paso de palio en Santo Domingo para volver a rescatar al Señor de su abandono. Aquello se quedó clavado en mi alma, por eso no dudé en hacerme costalero suyo.

No quedé sin cumplir lo prometido,
tú me ayudaste a que lo consiguiera,
contigo veinticinco primaveras
el gozo y la dureza he resistido.

Tu cenáculo de amor ha conseguido
que el compás a la física venciera.
Para que lo imposible sucediera
de valientes tu paso se ha nutrido.

El Domingo de Ramos tu Granada
acude al Realejo para verte,
Señor de confianza traicionada.

Sería imposible no quererte,
dominica dulzura es tu mirada:
yo seré de tu **Cena** eternamente.

Anecdotalario. Los costaleros

La Semana Santa tiene un perfecto equilibrio entre el gozo y el sufrimiento que tan sólo conocen y entienden quienes la viven de forma activa, y la amistad juega un papel fundamental en el mundo cofrade, pues a veces -por amistad- es como llegamos a las Hermandades. Afortunadamente hay tanto donde elegir que el tener un amplio círculo de amigos nos ayudará a discernir cual será la casa donde anidarán nuestras devociones particulares. Aquí hay de todo y para todos los gustos, y cómo no, con nuestra particular forma de ser, el mundo cofrade de Granada también puede llegar a tener mucha guasa...

Yo tengo amigos “*jartibles*” que se hacen literalmente pedazos con el enorme disfrute de las cosas más insignificantemente pequeñas. Son capaces de paladear con un retrogusto exquisito detalles tan simples como el chasquido de los dedos de un diputado de tramo que pide el avance de los nazarenos, o la miradita de costero a costero que se echan los contraguías de un paso de silencio sin tener que abrir la boca para que los zancos arrien a la vez. Distinguen perfectamente la orquídea “*dendrobium*” de la “*cymbidium*” en el friso del respiradero de un palio, y afrontan cada año la comparativa de vestimentas de difuntos de las dolorosas como un auténtico drama.

Suelen ser personas impolutas que disfrutan sobremanera en la delectación del chisporroteo de la cera cayendo al suelo, o con el crepitar de los pabilos cuando silba el viento intentando apagarlos. Recuerdo ratos deliciosos debatiendo sobre si es conveniente o no elegir siempre al muñidor entre los tres más tristes de la cofradía, o acerca de si los diputados de tramo deben o no llevar “*pinganillo*” como los de enlace, corriendo el riesgo de que la Estación de Penitencia se convierta -para el diputado mayor de gobierno- en algo parecido a un “*Tiempo de juego*”: “*Ojo que metemos el segundo tramo en la calle y se me escapa el primero*”, “*no los estires mucho que viene el paso de palio descolgado*”, “*achúchamelos que tenemos encima la hora de salida de la Puerta del Perdón*”...

Realmente hay charlas de merienda que son “*más grandes que el día del Señor*”, por ejemplo, cuando se genera alguna vacante en un martillo, y divagamos entre las posibles opciones a capataz: hay quienes se ponen más atacados con estos temas que el encargado de pasar el plumero en el “*Rincón del Cofrade*”...

Recuerdo haber escuchado a antiguos hermanos del Silencio aquella anécdota de un regreso a San Nicolás por la Carrera del Darro, cuando Granada ya se había acostado y la Cofradía volvía casi a solas con su Cristo. A la altura del Bañuelo, con la luz de la luna como único acompañante, un mayordomo de sección reparó con gran asombro en que, desde la pelada acera, un nazareno de negro capirote observaba pasar el cortejo con la mano ahuecándose el capillo sobre el pecho. Asombrado por lo que estaba viendo se situó frente a él y, sin querer romper su voto de silencio, le hacía continuos gestos para que se reincorporara a la Cofradía, pero el serio nazareno se lo negaba desde la total oscuridad de la acera. Una y otra vez le requería con gestos la obligatoriedad de guardar las reglas y volver a la severa disciplina del Silencio, pensando que el listo de turno se quería evitar la dureza de subir todas las cuestas con el cirio al cuadril, pero el nazareno hacía aspavientos negativos con sus blancos guantes. Desesperado ya por la actitud del disidente, se acercó a él y con voz firme y severa le espetó un *“vuelva usted inmediatamente al cortejo o deme su tarjeta de sitio”*, a lo que contestó en una discreta media voz el nazareno: *“¡Que soy de la Concha!”*.

Las cofradías tienen mucha guasa, sí. El caso es que, el que no viva el día a día de la Semana Santa como nosotros, no entenderá nada de lo que les estoy contando, y está bien que así sea, porque como refleja un popular dicho: *“el que quiera saber, que se compre un viejo”*.

Uno de los submundos cofrades que más disfrute y sufrimiento comparte simultáneamente es el de la costalería. Yo tengo la suerte de ser costalero, y a mí fueron -precisamente- los amigos quienes me acercaron al mundo de los pasos. Van ya para veintisiete años ininterrumpidos los que pongo la salud a disposición de mi fe, y tengo que decir que me siento muy afortunado. El mundo de los costaleros es tan complicado para aprender como sencillo para entrar: suele bastar un buen amigo. Lo verdaderamente interesante es que se trata de un universo que ha evolucionado muchísimo con el tiempo y que nos hace sentir, vibrar y potenciar, muchas de las cosas positivas que normalmente llevamos dentro: la solidaridad, el compañerismo, la nobleza o la humildad.

En una cuadrilla de costaleros se pueden hacer amigos para toda la vida, de esos que no sólo están para las buenas sino también para las malas, y en las peores es cuando damos verdaderamente gracias a Dios por habernos brindado la oportunidad de pertenecer a una cuadrilla en la que se hace real aquel viejo lema que inventara Alejandro Dumas para los mosqueteros: *“uno para todos, y todos para uno”*.

Cuando estuvo el Señor más afligido
un alma se apiadó de tanta pena,
de entre todos surgió un elegido
que ayudó a aliviarle su condena.

Sin miedo a resultar también herido
entregó su nobleza a un acusado
que un terrible castigo había sufrido
además de quedarse abandonado.

Sin haberle siquiera conocido
hizo suya la cruz del sentenciado.
No dejó que él se diera por vencido.
Su ejemplo con el tiempo ha perdurado.

Dos mil años después de aquella historia
de injusticias y amores verdaderos,
aún quedan cirineos con memoria
que se ofrecen para ser costaleros.

El ciego

Hay claras del día que no son suficientes para evitar una noche perpetua. Él es cofrade desde que su padre y su madre lo presentaran al Señor a los pocos días de haber venido al mundo. Pese a las circunstancias, su infancia fue feliz rodeado de los suyos, aunque siempre ha confesado tener pocos amigos con los que poder salir a pasear una tarde cálida de domingo. Pero eso nunca ha impedido que, sobre la limpia partitura de su vida, fuera escribiendo una a una las acompasadas notas de todo aquello que le vuelve loco: el sonido de una bambalina en unos varaes de orfebrería; el aroma de las flores del friso de un palio; la suavidad del terciopelo en el costero del faldón de un paso de Cristo; el brusco sonido de una potente levánta; el metálico lamento de las cadenas de los incensarios que suben y bajan buscando más brío para la candela; el crujido de la madera de los pasos antiguos cuando se fijan con valentía los costeros o el inconfundible olor a cera caliente cuando se apaga un hachón. Cada pequeño detalle de esos lo hacen feliz, porque a él, lo que más le gusta del mundo es la Semana Santa.

Así que, como eres tan capillita y tan “*gartible*” de tus cosas, y no hay programa cofrade de radio que no escuches, sé que hoy, probablemente, me estarás oyendo desde el anonimato con tu afinado sentido de tomar nota de todo lo que pueda hacerte feliz.

A ti también te pregonó nuestra Semana Santa con la misma ilusión con la que la recibirán los niños, y te anuncio la belleza de lo que está por venir.

Déjame que te describa la inmensa hermosura del más extraordinario marco de fotos que puedas imaginar, mientras las **Maravillas** de María se pasean junto al primer puente del Darro convirtiendo el romanticismo en algo tangible y verdadero. Déjame contarte con esmero la angostura de aquella balconada que debe sortear por abajo el niveo palio de la **Aurora** la tarde del Jueves Santo, y el asombro que nos invade cuando sale a gatas desde el techo de Granada el precioso palio de la **Estrella**: tú no sabes lo bonita que está María Santísima cuando le da el sol en la carita por primera vez. Tú escuchas cómo la piropean, pero jamás has visto los gestos de orgullo de las gitanas llorando cuando sale del Sagrado Corazón su Virgen del **Sacromonte**. Tú no has visto el efímero milagro de cómo ilumina el sol a través de una cristalera de colores el palio de la **Encarnación** la mañana del Domingo de Ramos, cuando la visitamos en el Sagrario, tan niña y tan pura. Tú no sabes cómo se recorta sobre el cielo el perfil de la **Expiración** del Señor mirando al abismo por última vez antes de cerrar los ojos para siempre... como para siempre tú los tienes velados, amigo ciego.

A ti, que preguntas cómo está montado el exquisito altar de Triduo de Nuestra Madre y Señora de **Consolación** porque no puedes verlo; a ti, que quisiste saber cómo estuvo vestida de difuntos la granadinísima Virgen del **Amor y del Trabajo**; a ti, que jamás te has deleitado con la delicadeza del juego de manos que tienen las **Angustias de la Alhambra** y su Hijo muerto en el regazo; a ti, que no has jugado a buscar las frutas ocultas en el exorno floral del Señor de la **Resurrección**; a ti, que no llegaste a conocer el antiguo palio que tan magistralmente paseó aquella legendaria cuadrilla de la **Merced**; a ti, que no te ciega el sol refractado en los brillantes instrumentos de la Banda del **Gran Poder** cuando su Cristo moreno asoma la cabeza por el dintel de Santa Ana; a ti, que no percibes el cambio de luz que nos indica en Cuaresma que dentro de poco será Pascua de Resurrección; a ti que eres cofrade de pies a cabeza, pero solo con cuatro sentidos, te dedico mis palabras de hoy, porque mi anuncio de los días de la belleza también es para ti, aunque tu no puedas ver a tu Cristo.

Él, desde los trescientos años que acaba de cumplir su inmensa manse dumbre acompañada por terciopelos escarlatas y damascos dorados en la Magdalena, siempre mirará por ti, porque sabes ser feliz pese a ser ciego y a que, en nuestra bendita tierra, digan que no hay dureza más grande que aquella verdad que escribió el mexicano Francisco de Icaza y que está inmortalizada entre los mirtos y los arrayanes de los jardines de la Alhambra.

Hay unos versos antiguos
inmortales en el tiempo
que el Jardín de los Adarves
obsequia a los viajeros.
Hablan de otorgar limosna,
-limosna para los ciegos-
porque no hay pena más grande
que la de no ver los cielos
de esta bendita Granada
de agua que oculta lamentos.

Lo que no sabía el poeta
que escribiera aquellos versos
es que hay un castigo mayor
del que poder caer presos.
Si tú no has visto sus manos
crispadas del cautiverio,
ni los regueros de sangre
que le recorren el cuello,
no sabrás que los claveles
alfombrarán su tormento.

Si no has visto su mejilla
“*moraíta*” del desprecio
de un soldado sin conciencia
que no habitará en el cielo
cuando expire el condenado
y el templo raje su velo,
tampoco habrás contemplado
poquito a poco, a lo lejos,
al Señor sobre su paso
mecido por costaleros.

Si no has visto su topacio
brillando como un lucero,
y has sentido la nostalgia
de imaginarlo y no verlo,
tú mereces la limosna,
-la limosna de los versos-
porque no hay pena más grande
para un “*granaíno*” ciego
que no ver a su **Rescate**
reinar sobre el sufrimiento.

La cruz del día a día

Hay ocasiones en las que desearíamos que la vida transcurriera con su temporalidad invertida, tal y como Fitzgerald narra en “*El curioso caso de Benjamin Button*”: la fascinante historia de un hombre que nació con el cuerpo de un anciano de ochenta años y que, diagnosticado de diversas enfermedades, iba rejuveneciendo con el paso del tiempo. Esta original idea apoya la tesis de que, con la temporalidad invertida, el tiempo se podría recuperar.

¿Se imaginan nacer con la idea ya asumida de la muerte, e ir perdiendo padecimientos por el camino mientras el cuerpo mejora increíblemente su estado? Piénsenlo... Ver un telediario se ha convertido en un pulso continuo con la desesperación. Contemplar la dureza del día a día es lo que más nos separa de esa infancia que aún llevamos dentro, y que más nos hace reflexionar ante el ejemplo de coraje de los Cristos que caminan con su cruz a cuestas en nuestra Semana Santa.

Cuántos anhelos de **Paz** hay suspirados a los vientos del Estrecho, mientras aquí los resguardamos en la infinita belleza de sus bambalinas de malla. Cuánta inmigración descontrolada vemos a diario de seres humanos abandonados a su suerte en mitad del mar, de familias enteras que cruzan continentes huyendo de la guerra o de la miseria. Todas esas cruces la ponemos a tus pies, **Señor del Amor y de la Entrega**, vestido de blanco como lo hacían antiguamente los locos incomprensidos.

Qué mal llevamos la angustia del **Mayor Dolor** encarnado en quienes tenemos a nuestro lado. Cuánto daríamos por quitarles **Dolores** a los nuestros, aferrando sus males como la Virgen aferra los tres clavos del martirio del Señor, caminando pacientemente con ellos como cuando su palio asalmonado sale del atrio de San Pedro. Cuánta **Paciencia** y cuánta **Pasión** nos hacen falta para no desfallecer en el cuidado y la atención de los enfermos. A tus pies desnudos ponemos sus enfermedades, Señor del alto Albaicín, Rey de San Cristóbal.

La indiferencia y el abandono son males cotidianos en esta sociedad globalizada en la que vivimos y, paradójicamente, cuanto más conectados estamos, más crece esa **Soledad** que nos deja huérfanos de todo ánimo, como a la Virgen dominica cuando camina el Viernes Santo a mediodía entre melodías de clarinete, oboe y fagot, buscando la frialdad de la muerte de piedra de su Hijo en el Campo del Príncipe. La Iglesia de Santa Ana es también una paradoja perfecta de la realidad humana: nunca en un **Calvario** tan cargado de **Soledad** habitó una **Esperanza** más grande. De lágrima en lágrima, de Mora a Risueño, en dos de los altares laterales de Santa Ana encontramos la verdad cotidiana. Esa solitaria verdad es la que ponemos a tus pies, Señor de la **Amargura**, para que nos ayudes a cargar con ella por los peores terrenos de un Albaicín eterno.

Cuánto daríamos nosotros por restarle **Soledad** a las noches en vela de los ancianos, como se la intentamos quitar a base de cariño a esa Madre Superiora de las Jerónimas que recorre Granada en las postrimerías de la Semana Santa. Cuánto daríamos por **Remediar** sus tristezas cuando se ven imposibilitados para hacer algo, dando respuesta a sus necesidades como hace la Madre de los estudiantes con todos los que se le acercan a pedir ayuda en su capilla de la Colegiata. Ponemos a tus pies, Señor del **Trabajo**, toda esa voluntad de no dejar desasistidos a quienes ya tienen pocas metas en la vida.

Qué duro resulta ver sufrir a los desahuciados de sus hogares, por eso sus **Penas** -de algún modo- también se convierten en las nuestras. Lo sabe perfectamente la Virgen de la Imperial de San Matías, tan acostumbrada a llevar sobre su manto morado el peso de las **Penas** del mundo. Ponemos a tus pies descalzos, **Nuestro Padre Jesús Nazareno**, la carga de no tener techo, la cruz del quedarse sin nada y el dolor del tener que abandonar forzosamente lo poco que se posee.

Y en tus desnudos pies, **Señor de las Tres Caídas**, ponemos cada insulto, cada golpe, cada menosprecio, cada injusticia y cada maltrato que sufren las personas por la odiosa violencia de género. Nadie es menos que nadie, Señor, pero seguimos sin comprender que las personas no tenemos título de propiedad entre nosotros. Me siento avergonzado como ser humano, Señor, cada vez que un asesino le arrebatara la vida a una mujer.

Es en esta realidad de las cruces cotidianas en la que los cofrades tenemos que echar mano de la fe para afrontar los designios del Señor, admitiendo lo que tenga que venir por poco comprensible que nos parezca. La fe es nuestra ayuda y, como reza el lema de mi Hermandad de nazarenos, *“la Esperanza es nuestra fortaleza”*. En la enorme fortaleza del **Gran Poder** tenemos el mejor ejemplo a seguir.

Vivimos en una eterna búsqueda de la felicidad, pero Dios a través de ti nos enseñó, **Señor del Gran Poder**, que la felicidad ha de llegar a través de los sentimientos internos que se experimentan y causan bienaventuranza a las personas. No se trata de ser buenos para ser felices: se trata de ser felices para transmitir bondad, y esto sólo se consigue teniendo un corazón honesto y humilde. Cuando empatizamos con el dolor ajeno, reflejamos en nuestras acciones el amor de Dios, que es el principal ingrediente de la tan ansiada y buscada felicidad, una felicidad que habremos de alcanzar reflexionando sobre las bienaventuranzas.

Tu zancada prodigiosa
nunca sucumbió al tormento:
regálanos esa fuerza
para vencer a lo adverso.
Tu **Gran Poder** reclamamos
para aspirar a lo eterno,
sin ser bienaventurados
pero deseando serlo.

Así como en Galilea
pescaste a los hombres buenos,
y predicaste en el monte
un sermón para conversos,
cuando llegue el Martes Santo
predícanos Nazareno:
nunca doblegará la cruz
a tu **Gran Poder** moreno.

La fuerza de tu semblanza
se transmite con tu ejemplo.
Sé mi bienaventuranza
y haz de Granada tu templo.
Los de espíritu más pobre
serán dueños de los cielos,
Gran Poder de los que lloran
y alcanzarán tu consuelo.

Gran Poder para los mansos
de la tierra, herederos.
Para la sed de justicia
Gran Poder de los hambrientos.
Para el misericordioso
Gran Poder en tus silencios.
Los limpios de corazón
verán al Dios verdadero
y serán llamados Hijos
los que apacienten su ego.

Injuriados por tu culpa
o perseguidos por ello,
serán bienaventurados
por el **Gran Poder** paterno.
A quien la justicia siga
heredará tu Gran Reino,
Gran Poder de los humildes
que hacen frente a los soberbios.

Tu **Gran Poder** nos abruma.
Tu **Gran Poder** no entendemos.
Seguimos necesitando
tu **Gran Poder** duradero.
Tu **Gran Poder** que nos sana,
que atiende a nuestros enfermos,
tu **Gran Poder** que nos oye
cuando besamos tus dedos.

Enséñanos el camino
de tu **Gran Poder** terreno
para sentirnos felices
en un mundo tan complejo.
Por eso a ti te buscamos,
déjanos que te recemos:
por eso en ti confiamos
y en tu **Gran Poder** creemos.

El Silencio

Al final la cruz llega. Claro que llega. Yo me hice cofrade bajo el amparo de unos eternos brazos clavados. Tenía que ser así porque así lo fueron mis abuelos: uno enamorado de Él desde que casi se fundó su Cofradía, y otro embaucado desde el momento en el que pisó Granada para venirse a vivir. Así tenía que ser porque también lo es mi padre, que esperó a que yo creciera para apuntarme a la Cofradía de sus amores. No fue de esos apretados que apuntan al niño en la Cofradía antes que en el registro civil. Esperó a que tuviera entendimiento para preguntarme: “¿quieres ser de la cofradía de papa?, ¿quieres salir con el Cristo?”. La respuesta fue evidente y con seis años ingresé en el **Silencio**.

Recuerdo que, con unos diez años, durante el montaje de un Quinario me dieron un plumero y me dijeron: “niño, pásaselo al Señor”. Él estaba erguido verticalmente en su vetusto altar sobre la sencilla cruz de pino que sustituía desde 1975 a la de taracea que actualmente procesiona la réplica del Cristo, y yo subí ayudándome de una silla para ponerme a su lado.

Todo fue bien mientras pasé el plumero junto a sus maravillosos pies con los dedos ya amoratados por la muerte, pero el asunto se complicó cuando al llegar a las rodillas y al paño de pureza encolado, miré hacia arriba y me encontré con sus ojos entreabiertos fijando las dilatadas pupilas en mí. Fue la primera vez que me miró la muerte a la cara. Admito que se me escapó un grito que

enseguida ahogué en la garganta. Nunca olvidaré ese escalofrío que me recorrió la espalda de arriba hacia abajo, ni esas inmediatas gotas de sudor frío que me llenaron la frente a ras de pelo. Allí estaba Dios en toda su inmensidad de madera, en todo su tamaño, en toda su magnificencia, mirándome con la boca entreabierta y las cejas arqueadas. Parece imposible que esa muerte tan serena que los cofrades contemplamos de lejos, tan hedonista, tan helenista incluso, casi sin martirio, sin posturas forzadas, sin sangre, sin crispación... sea tan cruel cuando le miras de cerca el rostro al **Cristo de la Misericordia**.

Mirando a ese Cristo aprendí a rezar el Padre Nuestro y así se lo enseñé yo también a mi hija Candela. Él es ese divino crucificado al que tantos años he acompañado de monaguillo, de acólito, de costalero, de nazareno, de mayor-domo y ahora, de segundo capataz. Es ese que cautiva las almas cuando las atraviesa con su **Silencio** eterno; ese que con su gran envergadura hace crujir la granadina cruz de taracea que lo soporta; ese que no es protagonista ni de reconocimientos, ni de muchas estampas; ese al que, después de toda una vida reinando en la oscuridad de su Granada, le han encendido la luz sin ni siquiera preguntarle... Mi Cristo es ese que, con su efigie eterna, acompaña a muchos y buenos cristianos en su última morada en el cementerio de San José sobre las lápidas de mármol.

El **Silencio** será siempre un fantasmagórico cortejo de incierto número de almas que, vivas o muertas, acompañarán eternamente al soberbio e inigualable **Cristo de la Misericordia**.

Quisiera ser humilde para amarte,
Señor de la alta luna y de los lirios,
burdeos de damasco en tu martirio,
claveles que en tus llagas enjugaste,
marfil de taracea o tal vez palo
de una Cruz de granadina hechura,
que entroniza tan regia tu figura,
de dulce estampa y muy antiguo halo.

Quisiera ser cordón en tu cintura
asiéndote tu paño de pureza,
y aliviar de esta forma la vergüenza
de mostrarnos tu muerte tan desnuda.
Quisiera retirarte las espinas
que se te van clavando en la frente,
y desterrar la corona insolente
para sanar tus heridas divinas.

Quisiera ser la sombra que marcara
el soberbio perfil de tu alma hiriente,
tapando la blandura de tu vientre,
mostrando la hermosura de tu cara.
Calvario de la sangre de un cordero
moribundo en una cruz por tanto amar,
firme hachón que te pudiera a ti alumbrar
colgado del tormento del madero.

Y aunque me mueve, Señor, ir a verte
en tu silente rincón del olvido,
o en tu leñoso paso envejecido
donde asoma afilada, esa, tu muerte,
no me mueve, mi Dios para quererte
el cielo que me tienes prometido,
ni me mueve el infierno tan temido
para dejar por eso de ofenderte.

Tú me mueves Señor, muéveme el verte
clavado en una cruz y escarnecido,
muéveme el ver tu cuerpo tan herido,
muévenme tus afrentas y tu muerte.
Me mueve tu sereno cuerpo inerte
exhausto por amor e incomprendido,
turbado, humillado y sometido
por gente manejada e insolente.

Muéveme en fin tu amor, y en tal manera,
que aunque no hubiera cielo yo te amara,
a pesar del olvido te añorara,
y aunque no hubiera infierno, te temiera.
No me tienes que dar porque te quiera,
pues si lo que espero no esperara,
y otra vida mejor no me aguardara,
lo mismo que te quiero, te quisiera.

Tus penas y dolores son victoria,
fortaleza de fe ante la muerte,
y no vemos tan sólo un cuerpo inerte
sino Resurrección hacia la Gloria.
Álzate Dios mío entre la discordia
protegiendo siempre a los inocentes,
y siembra con dulzor unas simientes
con la piedad de tu **Misericordia**.

Los barrios

Aunque en la madurez de la vida la cruz nos termine llegando a todos, Granada: siempre nos salvarán tus barrios. Quien no se haya introducido alguna vez en la espesura de un barrio para poder contemplar la salida de una Hermandad, no entiende lo gozosa que es la Semana Santa.

El de barrio, es un sentimiento que aflora cuando -poco a poco- nos vamos vinculando a una de sus cofradías. Cuando uno ya ha subido mil veces a San Miguel Bajo o ha visitado en innumerables ocasiones el Zaidín o el Realejo, ya sabe en qué recovecos puede dejar el coche, dónde ponen el mejor café o la tapa más generosa, por qué calle recortar cuando avanza la Cofradía por la arteria principal, y dónde hay un servicio en condiciones para entrar con los niños. Entonces, sólo entonces, uno ya casi es del barrio.

Todo sale del barrio y todo vuelve a él. Somos de donde nacimos, sí, pero también de donde nos hicieron sentir en nuestra casa, y cuando la raíz del sentimiento abre la puerta en los barrios, se encuentra de frente con los hijos de sus entrañas o con los exiliados que vuelven sólo para ese día a las calles de su infancia. Así regresan el Viernes Santo los cristianos a la feligresía del antiguo gremio ferroviario, o el Domingo a las estrecheces de la calle Elvira, para buscar con impaciencia una vez más la **Entrada de Jesús en Jerusalén** y dejar entre dientes el mismo suspiro cada año: “*ya está la primera en la calle*”.

¡Qué magia tienen los barrios! Conservan entre sus calles el origen de nuestras costumbres y los nombres de los oficios que los hicieron brillar antaño: pescaderos, carniceros, mesoneros, halconeros... mercaderes de otros tiempos que aún flotan en sus aires cuando acarician la candelera de cada paso de palio, acompañando a la Virgen en esencia y en presencia celestial. Cada llamita un alma, cada suspiro, un beso.

Revisen en su memoria y comprobarán cuántos momentos de belleza incomparable encuentran en torno a Hermandades de barrio. Qué me dicen de ese Carril de San Cecilio cuando regresa la **Virgen de la Misericordia** entre las saetas de sus greñuos: Ella ya no puede ser más morena, ni más guapa, ni más del Realejo; o de esos imposibles e irregulares escalones de la Cuesta de San Gregorio cuando regresa, radiante como una candela y blanca como una azucena, la albaicinería Virgen de la **Aurora**; o de esa calle Primavera repleta de naranjos que van jalonando como inhiestos nazarenos de aroma el plateado palio de malla de la Virgen del **Triunfo** convertido en una ascua de **Resurrección**; o de esos pretilos repletos del Darro cuando la **Sentencia** baja buscando a costero la Audiencia de las condenas; o de Sos del Rey Católico, que se queda

pequeña cuando la cuadrilla de la **Caridad** acompaña a su palio caminando junto a la Virgen hacia el siguiente punto de relevo; o de la Plaza de la Trinidad cuando el **Rescate** rodea lo que fuera el antiguo patio del Convento trinitario...

Decenas de lugares que son parte de nuestras más hermosas vivencias cofrades, como es imprescindible para mi sentimiento de barrio esa tortuosa calle Jesús y María, en la que, tras haber sonado una marcha alegre, la abigarrada bulla contempla extasiada a mi Virgen del palio blanco y las mejillas de nácar, de la madroñera de seda y la bandera de España, de la vela rizada y la cuadrilla valiente, arriada entre chicotá y chicotá junto al azulejo que inmortaliza a los costaleros de casta, antes de volver a levantar al cielo *“por los que fuimos, somos y seremos”*.

Rozando la madrugada
se arremolina la gente
con el palio, frente a frente,
para encontrar su mirada.
La noche está ya agotada,
va pidiendo cercanía.
Regresa la Cofradía
al barrio de sus amores.
Ya no existen los temores:
está en Jesús y María.

De cuerpos, la sanadora,
de almas, divina enfermera:
no hay solución más certera
que tu intercesión, Señora.
Mi casta Virgen no llora
mientras su luz contemplamos
y cegados nos quedamos
admirando esa hermosura
que reviste de dulzura
cada Domingo de Ramos.

Derretida va la cera,
temblorosas van las flores,
no redoblan los tambores
mientras mi Granada anhela
tu seda llena de historia:
blanco altar para una Gloria
que a la luna desmerece.
Hasta el eco se enmudece
cuando pasa la **Victoria**.

Yo también tengo mi barrio cofrade, sí. Mi barrio es el Realejo.

No nací en sus calles, pero con las canas blanqueando ya mis sienes, llevo más años transitándolas que sin hacerlo. Aprendí a quererlo sin poder contemplarlo: desde la abrumadora oscuridad del interior del canasto de un Cenáculo de Cristo en el que cada Domingo de Ramos se forjaban leyendas costaleras al compás de la música. Fui al Realejo con la edad en la que se enamoran los adolescentes, y en él he envejecido aceptando el paso del tiempo como creo que debe hacer un hermano comprometido que se retira de las trabajaderas: bajo la anónima responsabilidad de la túnica. Así es como debemos ayudar a engrandecer nuestras Hermandades, Granada: formando siempre parte de sus cortejos.

El Realejo es un barrio especial, que destaca -sin duda- por el arte y la capacidad de acogida de sus gentes, y que tiene tal diversidad y riqueza interna en sus Cofradías, que en sí mismo, casi podría completar una Semana Santa entera.

Un pergamino romano
anuncia la injusta condena:
lo que el Domingo fue **Cena**
se volvió de contramano.

Judas no tuvo talante:
el **Nazareno**, rendido,
Tres veces habrá **Caído**,
para atrás y para “*alante*”.

Treinta monedas bastaron
para entregar al cordero
que en un **Huerto** con romero
arrodillado encontraron.

Las **Penas** de su **Humildad**
son pequeñas filigranas,
y su **Merced** se desgrana
envolviendo la eternidad.

Soledad enjuga el llanto,
un cornetín corta el viento,
su **Paciencia** es sufrimiento
a las tres del Viernes Santo.

De la **Alhambra** una sultana
con su Hijo entre los brazos
irá dibujando a trazos
la **Misericordia** humana.

Un **Rosario de Amargura**
recorre las feligresías:
no hay bastantes cofradías
que alivien pena tan dura.

Su **Victoria** es invisible,
va concediendo **Favores**
aún con los estertores
de un escarnio inconcebible.

En tan sólo una semana
se suceden los momentos,
hay lugar para lamentos,
para el arte y para el drama.

El barrio narra la historia
abriendo su corazón.
En siete días de pasión
será el Realejo la Gloria.

El otoño y la muerte

A veces la muerte llega precedida de un otoño tardío. Vivimos pensando en las estaciones cálidas, pero antes o después, el otoño impone su cruel realidad y nos suele pillar de forma inesperada.

Aún no habremos cambiado la ropa en los armarios del alma y tendremos acumulada la colada de los últimos colores, las últimas risas y los últimos besos, pero el otoño llegará removiéndolo todo, como llegan los desagradables resultados a esas consultas de oncología tan necesitadas de **Esperanza**.

Su aviso es tan sutil que apenas lo percibimos: quizás un leve cambio en la tonalidad de la piel, un dolor con el que no contábamos, una delgadez inexplicable, algo que -de repente- deja de ir bien, altibajos emocionales que no entendemos... así llega y arrasa sin encontrar ninguna **Consolación** para el espíritu.

Y con la vista aún asomada a las ventanas de un verano cada vez más largo, buscando los rojizos atardeceres sobre el horizonte, un día se desploman las temperaturas de la memoria, y un gélido vendaval nos descama la piel y nos arrasa el cabello, dejando el suelo lleno de hojas de ese calendario que aún nos quedaba por vivir.

El otoño siempre pasa, sí, pero no siempre se supera. Quizás, cuando nos asalte, ya no habrá más planes que no sean los de volver a abrir los ojos cada mañana hasta que, un día probablemente eso no suceda. Habrá llegado la muerte con todo su impenetrable invierno triste. A la Semana Santa también le llega la muerte.

Si no nos ha tocado la suerte de ganarle el pulso, de nosotros quedará tan sólo el seco tronco oscurecido por la frialdad pelada de ilusiones: seco y carente de vida como el **Santo Crucifijo de San Agustín**, que es el ejemplo más antiguo y expresivo -en esta tierra- del instante en el que ya no hay alma: tan sólo un invierno eterno.

Por eso, al contemplarlo, cuando acudimos a rezarle en su Quinario abarrotado de cera bellamente dispuesta para apaciguar su frío anclado a la cruz de plata, o cuando observamos su cadencioso transito sobre el silencio de su Gólgota de suspiros conventuales, la boca no puede apenas hablar a sus casi quinientos años de aspereza, y la mente viaja siempre a recordar a aquellos que ya partieron de este mundo hacia el otro, dejando aquí su viejo cascarón de piel, invierno y cenizas.

Te miro, mi Señor, calladamente.
Te rezo, Cristo mío, y me encandilan
las plateadas espigas de la frente
que aprietan tu cabeza y la perfilan:
el eterno invierno de una muerte
asida a quienes contigo caminan.

Está tu oscura efigie aún pendiente
de un martirio de cruz en plata fina,
donde ya se evidencia lo aparente
asomando la parca sibilina,
y al mirarte se advierte un frío relente
que se queda anudado en la retina.

¿Cómo un justo murió injustamente?
¿Cómo guarda el humano tanta inquina?
¿Cómo orarle a tu rostro tan doliente?
¿Cómo asimilaremos tu doctrina?
¿Cómo no avergonzarse eternamente
por esa cruel historia tan dañina?

Me conmueves, Cristo crucificado.
Tu frialdad ausente me fascina.
El alma ya te hubo abandonado
pero tu dignidad es tan divina
que el ejemplo de tu amor desangrado
explica un mensaje que no culmina.

La pureza en tu paño ya ha bordado
enlutado sentimiento al corazón.
En tu reseca llaga del costado
mi Granada buscará su protección.
A ella su futuro ha encomendado:
pelicano conventual de San Antón.

La Virgen es “granaina”

Aquellas mentes tan torpes como perversas de hace dos milenios, pensaban que crucificándolo se quitarían un eventual problema, que Jesús era un simple profeta más de los muchos que contaban historias imposibles de creer, pero lo que consiguieron con su injusto proceso fue inmortalizarlo como el personaje más importante de la historia de la humanidad, haciendo que se cumplieran las escrituras. Tanto amó Cristo al mundo, que, desde esa cruz en la que agonizaba desnudo sin más nada que la generosidad para perdonar a sus verdugos, nos legó lo único que poseía: a su Bendita Madre.

Cuando más valoramos el amor hacia las madres es en nuestra madurez. Realmente es cierto que el ser humano es tan torpe que suele valorar más las cosas cuando ya las ha perdido. Muchos buenos cofrades han perdido ya a sus madres terrenas, pero en el maduro amor a sus madres celestiales, encuentran siempre el candor perdido por culpa del tiempo, por eso siempre nos acercamos a las imágenes de María desde la pequeñez de sentirnos indefensos, mirándolas desde nuestras viejas retinas con la misma humana cercanía con la que les narramos los cuentos a los niños para dormirlos, diciéndoles -como yo a la mía- “*escucha, Candela*”...

La Virgen tiene su casa
en esta tierra de ensueño.
Aquí tuvo Ella al Mesías
y lo presentó en el Templo.
Su casa está adornadita:
decorada con esmero
con platos de fajalauza,
clavel, lavanda y romero.

Se asoma por la ventana
como los albaicineros
cuando amanece de **Aurora**
nevada por los inviernos,
y contempla su Granada
desde el balcón de lo eterno,
siendo arriba en San Cristóbal
Estrella del firmamento.

Concha vive entre alamares
en un convento torero
que tiene una linda plaza
con vistas hacia un joyero.
Reyes pasea su nostalgia
reinando entre limoneros.
Sus **Dolores** son mis **Penas**
y sus **Penas** mis **Remedios**.

María tiene una cueva
donde se canta flamenco.
Benítez Carrasco y Lorca
son recitados a versos,
y Machado irá narrando
que no hay camino más bueno
que el que recorre María
del **Sacromonte** al Realejo.

Las buganvillas **Greñúas**
van adornando su pelo
provocando los piropos
de niños y de mozuelos
cuando en la Puerta del Sol
se dirige al lavadero
la reina de tez morena
para enjuagar sus calderos.

La **Merced** carmelitana
aferra con fuerza sus dedos
clamándole a Dios justicia:
que libere al Nazareno.

María tiene una cocina
donde guisa sus pucheros
solita en su **Soledad**
de dominicos recuerdos.

Se sienta en su mecedora
para rezar los misterios
de un **Rosario** que no acaba
de quitarle los desvelos.

Victoria esboza una risa
cuando se mira al espejo
probándose su vestido
de novia del Realejo.

Y si su **Amargura** es honda
y se ahoga por momentos,
paseará por Santiago
y el patio de su convento.

María recoge naranjas
junto al Real Monasterio,
y elabora mermeladas
en su **Soledad** de adviento.

Es **Luz** entre las tinieblas
para todo un barrio entero.

Es la **Caridad** fraterna
que une a los zaidineros.

Es la **Salud** para el alma
y el cuerpo de los enfermos,
y un **Triunfo** de valores
tan necesarios y buenos
que hacen de su Granada
unos Vergeles eternos.

María es **Amor y Trabajo**,
y **Alegría** en los colegios,
por eso la eligió Dios
como **Encarnación** del Verbo.

Desde su humilde morada
contempla allí, a lo lejos,
un monte que será **Calvario**
de **Soledades** y miedos.

En noches de frío relente
se ensimisma con los cielos
y juega a pedirle imposibles
a los fugaces luceros.

Va soñando **Maravillas**,
pide **Paz** para los pueblos
y envuelve en su **Dulce Nombre**
el mejor de sus deseos.

En sus pocos ratos libres
hace dulces de convento.
Encuentra **Consolación**
alimentando al hambriento,
cuajando yemas divinas
y tocinitos de cielo
que en San Antón administra
en un torno muy discreto.

María es esa **Esperanza**
que alivia todos los duelos:
va recogiendo suspiros
que guarda junto a su pecho
y alimenta con aceite
el sueño de los despiertos
para que nunca se apague
la llama de sus anhelos.

A veces lloran sus ojos
lágrimas de desconsuelo
y su **Mayor Dolor** viste
de morado terciopelo,
pero sus **Angustias** pasan
como vuelan los vencejos
por los patios de la Alhambra
decorados de azulejos.

La Virgen es “*granáina*”,
que no lo dude ni el viento,
que lo grite el horizonte
cuando atardece a lo lejos
besando los miradores
mientras el sol muere huyendo.

Es aquí donde María
tiene hogar para el desvelo
la Virgen es “*granáina*”
porque Granada es el cielo.

La Esperanza

Vengo de sembrar **Esperanza** en octubre... Jamás pudo imaginar mi alma que necesitara tanta tierra, tanto tiesto y tanta agua, porque mi alma no sabía la necesidad de Esperanza que tenía Granada.

He estado trabajando muy duro. La he plantado en pequeñas dosis fotográficas en las redes sociales, invitando a convivencias, enseñando exposiciones, derramando cera en Vía Lucis, enviando mensajes de buenaventura a los amigos, recitando versos durante el Pregón de su Coronación, asistiendo a despedir a amigos en el cementerio, regalando decenas de medallitas con su rostro, repartiendo tacos y tacos de estampas entre todos aquellos a quienes les brillaban los ojos cuando mentaba su nombre, dando cientos de besos apretados con deseos de mejoría para los enfermos, trabajo para los parados, pan para quienes pasan hambre y compañía para quienes temen la soledad.

No sabía yo, Madre mía, que hacías tanta falta, y vengo exhausto...

Aun así, siempre que vengo de sembrar Esperanza, se me nota en la sonrisa: no me abandona nunca cuando salgo de los cultos en Santa Ana, cuando voy de relevo con mi costal puesto o cuando alguien atisba la pulsera de tela verde en mi muñeca descubriendo el color de mi corazón. Yo soy -como dice nuestro párroco José Gabriel- *“de esos afortunados que vivimos eternamente en el Adviento”*.

Detrás de todo, al final de todo y como consuelo de todo, está la **Esperanza**. Trescientos años lleva Granada venerándote, Madre. La ciudad, con sus calles marchitas de injusticia, de pobreza y de calamidades, te sigue buscando cada dieciocho de diciembre para ir a besarte la mano y caer rendida ante tu delicadeza, como lo hace también cada Martes Santo cuando arrebatas tristezas en tu verde paso de palio transformándolas en alegrías: bastan unos *“Campañeros”* del Viso a tu vera para hacer olvidar lo inolvidable.

Trescientos años de una devoción que fue recientemente coronada para el inmenso júbilo de quienes te encomendamos diariamente nuestro destino. Ahí estuvo toda Granada contigo, Señora Nuestra. A cada uno nos llamas en el momento que estimas más adecuado, por eso Granada te esperaba y te seguirá esperando siempre para que seas el faro que guía su destino e ilumina ese camino jalonado de tenebrismo que llamamos *“vida”*. La ciudad de los poetas demostró que, aparte de las devociones particulares, todo el mundo tiene sembrada en su corazón una *“mijita”* de Esperanza. Es imposible devolveros todo el cariño que recibimos y explicaros lo felices que fuimos de ver cómo Granada quería a la Virgen. Los hijos de la *“Niña de Santa Ana”* sólo podemos

deciros que, desde el pasado mes de octubre, la ciudad entera merecería el título de llamarse “*la Casa de la Esperanza*”. ¡Gracias eternas Granada!

Me hago muy pequeño cuando te miro. Cuando me acerco a verte en tu besamanos de diciembre con la compañía del “*Réquiem*” de Mozart temblando en los lagrimales mientras te besa el sol de la media tarde, casi desaparezco en la insignificancia de lo que soy, y sólo queda de mí la grandeza de lo que me haces sentir. Durante media hora se eclipsa el mundo, se acalla el murmullo, se interrumpe el reguero de besos y se cierra la puerta de tu iglesia para que, sentados frente a ti, contemplemos el milagro de ver cómo gira la tierra para que se materialice el Apocalipsis de San Juan y dos estrellas -rey y reina- se encuentren frente a frente.

La señal profetizada
prendió los cielos enteros:
por doce limpios luceros
fue la Virgen coronada.
Por un ángel anunciada
en cinta se aparecía
la que al demonio vencía
reinando sobre una luna
que le serviría de cuna
mientras de sol se vestía.

Diciembre ya habrá mediado
cuando el milagro traspasa
las paredes de su casa
y su mudéjar techado.
La Expectación ha llegado.
Yo he visto obrar maravillas:
el astro rey de rodillas
se asoma por la ventana
de la Iglesia de Santa Ana.
para besar sus mejillas.

Risueño la imaginaba
de luto y Necesidades
sanando debilidades
mientras su cara tallaba.
Con dolor en la semblanza,
ojos llenos de añoranza
lloran de verde el lamento.
No hay más bello sufrimiento
que el de tu hermosa **Esperanza**.

Epílogo

Estoy aquí, Señor, a tu lado. Siento tu presencia cálida que reconforta mis debilidades y mis dudas. Pese a la madurez que ya acucia mi cuerpo, soy tan frágil y tan mortal que sólo puedo volver a mirarte con la inocencia de los niños: con esa mirada limpia con la que te observan profetizado como un **Niño Jesús de Pasión** lleno de ternura y de **Esperanza**. Querías que los niños se acercaran a ti, y aquí estamos esperando a que se vuelvan a abrir nuevamente las puertas de San Andrés, con nuestra cajita cofrade llena de estampas, el programa arrugado del año pasado y la bola de cera a medio hacer...

Señor, aún con la muerte apresada en las retinas durante la madrugada del Sábado Santo junto a la Puerta del Vino de la Alhambra, haces que toda esa tristeza de tu Madre se convierta en **Alegría**. La Semana Santa reconcilia de tal forma nuestro espíritu con la infancia volviéndonos tan inocentes que, en Granada, Cristo se nos presentará tres veces **Resucitado** para que la ciudad tome conciencia de la Gloria de su mensaje. La verdadera **Esperanza** del mensaje de Jesús es la **Resurrección**: hay algo más aparte de la ceniza. Esa es la fe de la Iglesia a la que pertenecemos.

Cuando ya todo se haya cumplido, Señor, recorrerás la ciudad de la luz y del “*agua oculta que llora*” ante el asombro de la zaidinera soldadesca romana que te observará ascender a los cielos mientras que, por la Iglesia del Sagrario y acompañado por los colegiales feligreses del Regina Mundi, caminarás también **Resucitado** sobre costales como lo hiciste sobre las aguas de Galilea.

Y el último y más alegre testimonio de que habrá vida después de la muerte, lo darás representado en ese **Dulce Nombre de Jesús** que sale de Santo Domingo. Cuando finalice la semana más dramática y bonita del año, Granada rendirá tributo a su nostalgia haciendo sonar, un año más, campanas de barro, pues barro somos, sí... Se achucharán los pequeños para meter el hombro bajo sus andas formando la mejor cuadrilla de todas: la que no teme a la muerte. Esos improvisados costaleros son quienes mejor entienden que, detrás de tanta cruz, hay un epílogo mucho más alegre.

Tal y como reza el lema del Santo Padre de los Pobres, San Juan de Dios, “*Granada será tu cruz*”, Señor de los niños. Comenzaste la Cuaresma cargándola con dulzura y acabarás la Semana Santa mostrando tu **Victoria** sobre ella, dominico **Facundillo** del alma nuestra al que acudimos cada Domingo de Resurrección cargados de cansancio y de agradecimiento.

Ya lo anunciaba Valdés Leal en sus pinturas: “*in ictu oculi*”. En un abrir y cerrar de ojos pasará todo y volveremos los cofrades a esperarte, Granada, asomados a los miradores de la memoria, y seguirás doliendo de hermosa, Granada... Por eso, justo por eso, hoy acabo mi Pregón pidiéndoos que aprovechéis cada momento porque, cuando llegue el Domingo de Ramos, siempre parecerá lo mismo, pero ya nunca volverá a ser igual. Disfrutad de la Semana Santa con el alma de los niños que fuisteis, porque todos -absolutamente todos- estamos sujetos a la terrible brevedad de la vida.

El Domingo más radiante
cuando todo ya esté en calma
Cristo será un **Facundillo**
resucitando entre palmas.

Se habrán marchitado lirios,
se habrán apilado estampas,
desnudos los capirotos
se habrán quedado sin alma.

Quedarán los palcos tristes,
deshojados los programas,
túnicas llenas de cera
y papeletas dobladas.

Las puertas de nuestros templos
habrán cerrado las jambas
para custodiar a Cristo
en su apacible morada.

Sólo quedará el recuerdo,
sólo la memoria vaga,
sólo el triste sentimiento
de que lo bueno se acaba.

Quien montaba en borriquillo
y por Elvira hizo entrada
ahora será un chiquillo
agitando su campana.

Y casi sin darnos cuenta
tras una espera tan larga
la penitencia habrá muerto:
la Gloria estará alcanzada.

No te me duermas, cariño
que es tan sólo una semana.
Disfrútala como un niño:
¡Resucítate, Granada!

¡He dicho!

Álvaro Luis Barea Piñar.

El pregón fue finalizado en la noche del 20 de enero de 2019,
festividad de San Sebastián.

**REAL FEDERACIÓN DE HERMANDADES Y COFRADÍAS
DE SEMANA SANTA DE LA CIUDAD DE GRANADA**

Plaza de los Lobos, 12
(Centro Ágora)

18002 - GRANADA

Tel: 958 80 49 97

www.hermandadesdegranada.org

